

MANDAMIENTOS

Primero ¹

1. Ante todo, cree que hay un solo Dios ², que creó y ordenó todas las cosas ³; que hizo pasar todas las cosas del no ser al ser ⁴ y que, abarcándolo todo, él solo es inabarcable ⁵. 2. Créele y témele; y, temiéndole, sé continente. Cumple todo; arrojarás de ti mismo toda maldad ⁶, te revestirás de la virtud completa de la justicia, y vivirás para Dios, si cumples este mandamiento.

1. Todo el Mand I es de contenido doctrinal o teológico, formulado con citas bíblicas. Los demás, de corte moral.
2. El monoteísmo cristiano (cfr Jn 17, 3) está anclado en el judío.
3. Cfr Ef 3, 8ss.
4. 2 Mac 7, 28; Sab 1, 14.
5. Sab 7, 24. Justino, Dial 127, 2. Teófilo, Ad Aut II, 22; Clemente Alej., Strom II, 2, 6, 3; VI, 5, 39, 3; Ireneo, AH IV, 20, 2; Atanasio, De incarn 3. 8; De Decr Nic Syn 18; Ep ad Afr 5; Ep fest XI; Eusebio, HE V, 8, 7.
6. Cfr Eclo 11, 10.

Segundo

1. Me dice:

–Sé sencillo e inocente, y serás como los niños pequeños que no conocen la malicia, destructora de la vida de los hombres.

2. En primer lugar, no murmures de nadie ni escuches con gusto al murmurador ¹; de lo contrario, tú también serás reo, oyéndole, del pecado del murmurador, si crees la murmuración que oyes. Porque, habiéndola creído, tú también tendrás algo contra tu hermano. De ese modo, pues, serás reo del pecado del murmurador. 3. Mala es la murmuración; es demonio ² indisciplinado; nunca está en paz, sino que tiene morada en las disensiones. Apártate, por tanto, de él y tendrás siempre prosperidad con todos.

4. Revístete, en cambio, de la santidad, en la que no hay tropiezo malo, sino que todo es llano y alegre. Obra el bien; y del fruto de tus trabajos que Dios te da, da con sencillez a todos los necesitados ³, sin titubear a quién darás y a quién no. Da a todos ⁴, pues a todos quiere el Señor que se dé de sus propios dones.

5. Mas los que reciben, darán cuenta a Dios porqué recibieron y para qué. Los que reciben por hallarse atribulados, no serán juzgados; mas los que con fingida necesidad recibieron, recibirán castigo.

6. Así, el que da es inocente; porque ⁵ como recibió del Señor para cumplir el ministerio, lo cumplió sencillamente, sin discriminar a quién daba y a quién no. Este ministerio, pues, cumplido con sencillez, es glorioso ante Dios. Por eso, el que sencillamente administrare, vivirá para Dios.

7. Guarda, por tanto, este mandamiento que te he dicho, para que tu penitencia y la de tu familia sea hallada con sencillez, y tu corazón, puro y sin mancha.

1. Cfr Sant 4, 11; Sab 1, 11.

2. Hermas compara los vicios a demonios.

3. Cfr Eclo 4, 7; 29, 9s; Sant 4, 10; Mt 5, 45; Did 1, 5 y parl. Bern.

4. Cfr Lc 6, 30 y parl. Mt; Did 4, 5-8; Bern 19, 8s; 10s.

5. El ms de Michigan es más extenso; cfr Sch 53 bis, p. 148s y nota 2.

Tercero

1. De nuevo me dice:

—Ama la verdad; salga de tu boca toda la verdad, para que el espíritu, que Dios hizo morar en esta carne, sea hallado verdadero ante todos los hombres y sea así glorificado el Señor que mora en ti ¹; porque el Señor es verdadero en toda palabra y en El no hay mentira. 2. Pero los que mienten ofenden al Señor y se convierten en defraudadores del Señor, no devolviéndole el depósito que recibieron. Porque recibieron de El un espíritu no mentiroso; mas si se lo devuelven mentiroso, mancillaron el mandamiento del Señor y se convirtieron en defraudadores suyos.

3. Al oír esto, rompí a llorar fuertemente; y, viéndome él llorar, me dijo:

—¿Por qué lloras?

—Porque, señor —le dije—, no sé si podré salvarme.

—¿Por qué? —pregunta.

Le dije:

—Señor, porque jamás he dicho en mi vida palabra verdadera, sino que hablé siempre astutamente con todo el mundo y presenté mi mentira como verdad ante todos los hombres; por lo cual, nadie me contradijo nunca, sino que se dio fe a mi palabra. ¿Cómo, pues —le dije— puedo vivir después de haber obrado así?

4. —Piensas bien y acertadamente —dijo—; porque como siervo de Dios debieras haber andado en verdad, no consentir que conviviera una conciencia mala con el espíritu de la verdad, ni entristecer al mismo espíritu, santo y verdadero.

—Jamás, señor —le dije— oí puntualmente tales palabras.

5. —Mas ahora —me contestó— las estás oyendo. Guárdalas para que también aquellas mentiras que dijiste antes en tus negocios, siendo verdaderas éstas, también aquéllas se hagan creíbles. Si guardas éstas y desde ahora hablas toda verdad, podrás adquirir para ti la vida. Y el que oyere este mandamiento y se apartare de la mentira perversísima, vivirá para Dios ².

1. Cfr 1 Jn 2, 27.

2. Muchos Mand concluyen así, confiriéndoles un estilo cuasi litúrgico.

Cuarto

1.1. Te mando –dijo– que guardes la castidad ¹ y no entre en tu corazón pensamiento alguno sobre mujer ajena, ni sobre fornicación, ni sobre maldad alguna semejante; porque si eso hicieras, cometerás un gran pecado. Mas si en todo tiempo te acordares de tu mujer, no pecas. 2. Porque si este deseo entrare en tu corazón, pecarás; y si realizas otras cosas igualmente malas, cometerás pecado; porque este deseo es para un siervo de Dios pecado grande; y si alguno realiza esta obra mala, a sí mismo se carrea la muerte. 3. Por tanto, vigila. Apártate de este deseo, porque donde habita la santidad, no debe entrar iniquidad en el corazón del hombre justo.

4. Le digo yo:

–Señor, permíteme que te pregunte algo más.

–Pregunta –me contestó.

–Señor –le dije–, si uno tiene una mujer creyente en el Señor y la sorprende en adulterio, ¿peca el hombre si convive con ella?

5. –Mientras está en ignorancia –me respondió– no peca; mas si el hombre sabe el pecado de ella y la mujer no se arrepiente, sino que persevera en su fornicación y con todo eso el hombre sigue conviviendo con ella, se hace reo del pecado de ella y partícipe de su adulterio.

6. –Pues ¿qué ha de hacer, señor –dije–, el hombre, si la mujer persiste en esta pasión?

–Repúdiela –me contestó– y viva solo. Mas, si después de repudiar a su mujer, se casare con otra, también él comete adulterio ².

7. –Pero, señor –le dije–, si, después de repudiada la mujer, se arrepiente y quiere volver a su marido, ¿no habrá de ser recibida?

8. Mas bien –me dijo–, si el marido no la recibe, peca y grande es el pecado que carga sobre sí; pues hay que recibir al que peca y se arrepiente ³; pero no muchas veces, porque una sola penitencia se da a los siervos de Dios ⁴. Ahora bien, por la posible penitencia [de la mujer], no debe casarse el hombre. Esta praxis es idéntica para el hombre que para la mujer.

9. No sólo –me dijo– es adulterio que uno mancille su carne, sino que quien hiciere obras semejantes a los gentiles comete adulterio; de suerte que si uno persevera en tales obras y no hiciere penitencia, apártate de él y no convivas con él, porque también tú te harás reo de su pecado ⁸.

10. Por eso se os ordenó, tanto al hombre como a la mujer, permanecer solos, porque es posible que exista penitencia en tales casos.
11. Mas yo –dijo– no doy pretexto para que esta praxis suceda ⁶; antes bien, quien ha pecado, no vuelva a pecar más. Mas respecto del pecado anterior, hay quien puede curarlo: el que tiene el poder sobre todas las cosas ⁷.

2.1. Le pregunté nuevamente, diciendo:

–Puesto que el Señor me tuvo por digno de que habites siempre conmigo, soporta aún unas pocas palabras mías, porque no entiendo nada y mi corazón está embotado ⁸ por mis acciones pasadas. Hazme inteligente, pues soy necio en extremo y no entiendo nada absolutamente.

2. Me respondió diciendo:

–Yo estoy encargado de la penitencia, y a todos los que se arrepienten les doy inteligencia. ¿O no te parece –dijo– que el arrepentirse es ya inteligencia? El arrepentirse –añadió– es una gran inteligencia, porque el que pecó entiende y se da cuenta que obró el mal ante el Señor ⁹ y sube a su corazón la acción que practicó y se arrepiente y ya no vuelve a obrar el mal, sino que practica el bien y se humilla y atormenta su alma por haber pecado. Ya ves, pues, cómo la penitencia es una gran inteligencia.

3. –Por eso, señor –dije–, lo quiero saber todo de ti. Primero, porque soy pecador, para saber qué obras he de realizar para vivir, pues muchos y variados son mis pecados.

4. –Vivirás –me contestó– si guardas mis mandamientos y caminas en ellos. Y quien, oyendo estos mandamientos, los guarde, vivirá para Dios.

3.1. –Todavía, señor –dije–, te quiero hacer otra pregunta.

–Pregunta –dijo.

–He oído, señor –dije–, de algunos maestros que no hay otra penitencia fuera de aquella en que bajamos al agua y recibimos la remisión de nuestros pecados pasados.

2. –Has oído muy bien –me contestó–, pues así es. Convendría, en efecto, que el que ha recibido el perdón de sus pecados no volviera a pecar más, sino que viviera en pureza. 3. Mas, puesto que todo lo quieres saber puntualmente, también te manifestaré esto, sin dar pretexto a los que han de creer o han creído ya en el Señor. Porque los

que han creído ahora o están para creer, no tienen penitencia de los pecados, sino remisión de sus pecados pasados. 4. Mas para los llamados antes de estos días, el Señor estableció una penitencia. Porque como El es conocedor de los corazones y previsor de todas las cosas, conoció la flaqueza de los hombres y la múltiple astucia del diablo que haría el mal a los siervos de Dios y ensañaría su maldad en ellos. 5. Siendo, pues, el Señor sumamente misericordioso, tuvo lástima de su hechura, estableció esta penitencia y a mí me fue dada la potestad sobre esta penitencia. 6. Sin embargo, te lo aseguro ¹⁰ –me dijo ¹¹–: si después de aquel llamamiento grande y sagrado, alguno, tentado por el diablo, pecare, sólo tiene una penitencia; mas si pecare y se arrepintiere después, de nada le sirve a tal hombre, porque difícilmente vivirá.

7. Le digo yo:

–He tenido la suerte de haberte oído hablar con detalle, porque sé ¹² que si no vuelvo a cometer nuevos pecados, me salvaré.

Contestó:

–Te salvarás tú y todos cuantos hicieren estas cosas.

4.1. Le pregunté además, diciendo:

–Señor, una vez que me aguantas, aclárame también esto.

–Di –contestó.

–Si una mujer, señor –dije–, y lo mismo un hombre, muere y uno de ellos se casa, ¿peca el que se casa?

2. –No peca –contestó–; mas si permaneciere solo, adquiere para sí mayor honor y una gran gloria ¹³ ante el Señor. Pero si se casa, tampoco peca.

3. Guarda, pues, la castidad y la santidad y vivirás para Dios. Todo cuanto te hablo o voy a hablarte, guárdalo desde este momento, desde el día en que me fuiste entregado; y yo habitaré en tu casa. 4. Y si guardas mis mandamientos, se te perdonarán tus pecados. Y habrá perdón para todos cuantos guarden estos mandamientos míos y caminen en esta pureza.

1. Cfr Núm 6, 2. 21; 2 Cron 30, 19; 1 Mac 14, 36; 1 Tim 5, 2.
2. Mc 10, 11; Mt 5, 32; 10, 9; cfr 1 Cor 7, 11.
3. Cfr Tertuliano, De pud 10, 11; 20, 2.
4. La frase tiene gran importancia teológica, aunque esté formulada de paso.
5. No acepta el matrimonio con paganos. Cfr Tertuliano, Ad Ux II, 2-8; De cor mil 13; Cipriano, De lapsis 6.
6. Cfr Tertuliano, De poenit 7.
7. Dios sólo tiene poder.
8. Cfr Mc 6, 52.
9. Cfr Juec 2, 11; 3, 12; 4, 1; 10, 6; 13, 1.
10. Cfr Mt 5, 22. 27. 31. 34.
11. El codex Sinaítico termina aquí.
12. Expone la praxis penitencial tradicional.
13. Cfr 1 Cor 7, 38-40.

Quinto

1.1. Sé paciente y prudente –dijo–, y dominarás todas las obras malas y practicarás toda justicia. 2. Porque si fueres paciente, el Espíritu santo que mora en ti será puro, no estando ensombrecido por otro espíritu malo ¹; antes bien, habitando en lugar espacioso, se alegrará y regocijará en el vaso en que mora ² y servirá a Dios con alegría, teniendo la felicidad en sí mismo. 3. Mas cuando sobreviene la ira, al instante, el Espíritu santo, que es delicado, se angustia por no tener limpio el lugar y busca cómo apartarse de allí. Es que se siente ahogado por el espíritu malo, al no tener lugar para servir a Dios como quiere, mancillado como está por la ira ³. Porque en la paciencia mora el Señor, en la ira el diablo. 4. Así, el morar juntamente los dos espíritus es cosa inconveniente para el hombre en que moran. 5. Si tomas una cantidad de ajenjo en un tarro de miel, ¿no se echa a perder toda la miel y tan gran cantidad de miel se pierde por poquísimos ajenjos, desaparece la dulzura de la miel y ya no gusta como antes a su dueño, porque se amargó y perdió su utilidad? Mas si no se echa ajenjo en la miel, la miel resulta dulce y es útil para su dueño. 6. Ya ves, pues, cómo la paciencia es más dulce que la miel y provechosa para el Señor, y El habita en ella. Mas la ira es amarga y sin provecho. Ahora bien, si la ira se mezcla con la paciencia, se mancilla la paciencia y ya no es útil a Dios su súplica.

7. –Quisiera saber, señor –dijo– la fuerza de la ira, para guardarme de ella.

Contestó:

–Si tú y tu familia no os guardáis de ella, pierdes toda esperanza. Pero te guardarás de ella, porque yo estoy contigo. E igualmente todos los que de corazón se arrepientan, se apartarán también de ella, pues estaré con ellos y los preservaré, porque todos fueron justificados por el ángel santísimo.

2.1. –Escucha ahora –dijo– cuán mala es la fuerza de la ira, cómo derriba con su fuerza a los siervos de Dios y los extravía de la justicia. Pero no extravía a los que están llenos de fe ni puede obrar contra ellos, porque el poder del Señor los asiste. Extravía a los vacuos y vacilantes. 2. En efecto, cuando ve que estos hombres están firmes, se infiltra en el corazón de aquel hombre y, por una nadería, el

hombre o mujer se amarga a causa de las cosas de la vida, ya se trate de comidas, ya de palabras de desprecio, o de un amigo, o cuestiones de prestar o recibir, o de asuntos tan vacuos como esos. Porque todo es necio, vano e inútil para los siervos de Dios.

3. La paciencia, en cambio, es grande y firme y tiene poder fuerte, robusto y próspero; es alegre, gozosa y sin preocupación; glorifica al Señor en todo tiempo ⁴; no guarda por dentro amargura alguna, y permanece siempre mansa y tranquila. Esta es la paciencia que habita en los que tienen fe íntegra.

4. La ira, por el contrario, en primer lugar, es necia, ligera e insensata. En segundo lugar, de la necedad se engendra la amargura; de la amargura, la ira; de ésta, la cólera; de la cólera, el rencor. Finalmente, este rencor, compuesto de grandes males, viene a ser pecado grande e incurable. 5. Porque cuando estos espíritus habitan ⁵ en un solo vaso, en el que mora también el Espíritu santo, no cabe el vaso aquel, sino que rebosa. 6. Como el espíritu delicado no tiene costumbre de habitar con el espíritu malo ni con la aspereza, se aparta de aquel hombre y busca habitar con la mansedumbre y la tranquilidad. 7. Luego, una vez que se aparta de aquel hombre, queda vacío del espíritu justo y, lleno de los espíritus malos, anda inquieto en todas sus acciones, traído y llevado de acá para allá por los espíritus malos y se queda ciego completamente para comprender el bien. Así les acontece a todos los iracundos. 8. Apártate, por tanto, de la ira, espíritu perversísimo; revístete, en cambio, de la paciencia; resiste la ira y la amargura, y te encontrarás con la modestia, amada del Señor. Mira, no descuides jamás este mandamiento, porque si este mandamiento observas, también podrás guardar los demás mandamientos que quiero darte: Sé, por tanto, fuerte y recobra fuerza en ellos; e igualmente todos los que quieren caminar en ellos.

1. Tema de los 'dos espíritus': cfr Hermas 28. 40. 109, 2 113, 2.
2. Cfr Bern 7, 2.
3. Cfr Hermas 59, 5; 60, 4.
4. Cfr Tob 4, 19; 33, 2.
5. Cfr Lc 8, 2; Mc 16, 9; Mt 12, 45; 2 Cron 18, 22.

Sexto

1.1. Te mandé –dijo– en el primer mandamiento que guardes la fe, el temor y la continencia.

–Sí, señor –dije.

–Ahora –prosiguió– te quiero también manifestar sus virtudes, para que entiendas qué virtud y modo de obrar tiene cada una de éstas. Porque sus operaciones son dobles: están puestas para lo justo y lo injusto. 2. Mas cree a lo justo y no creas a lo injusto; porque lo justo lleva camino recto, mas lo injusto, torcido ¹. Sigue el camino recto y llano, y deja el torcido. 3. Porque el camino torcido no tiene sendas, sino lugares intransitables y tropiezos sin cuento; y es áspero y espinoso. Consiguientemente, es perjudicial para los que caminan por él. 4. Pero los que van por el camino recto, andan a pie llano y sin tropiezos, porque no es áspero ni espinoso el camino. Ya ves, pues, ¡cuánto más conveniente es caminar por este camino!

5. –Me agradaría, señor –dije– andar por este camino.

–Por él –me dijo– andarás y andarás también por él el que de todo corazón se convierta al Señor ².

2.1. –Escucha ahora –dijo– sobre la fe. Dos ángeles ³ hay en el hombre: uno de la justicia, y otro, de la maldad.

2. –¿Cómo, señor –dije– conoceré sus operaciones, puesto que ambos ángeles habitan en mí?

3. –Escucha y entiende –dijo. El ángel de la justicia es delicado, modesto, manso y pacífico. Mas cuando éste entre en tu corazón, al instante habla contigo sobre la justicia, la castidad, la santidad, la templanza, sobre toda obra justa y toda virtud gloriosa. Cuando todas estas cosas vinieren a tu mente, reconoce que el ángel de la justicia está contigo. Estas son las obras del ángel de la justicia. Cree, por tanto, a éste y a sus obras.

4. Ahora, mira las obras del ángel malo. Ante todo, es iracundo, amargo e insensato, y sus obras, malas y corruptoras de los siervos de Dios. Así, pues, cuando éste entrare en tu corazón, conócele por sus obras.

5. –Señor –dije–, no sé cómo tengo que conocerle.

–Escucha –dijo–. Cuando te sobrevenga la ira o la amargura, conoce que él está en ti. Lo mismo, el deseo de muchas acciones, los

refinamientos de muchas comidas, bebidas y embriagueces y otros muchos deleites no convenientes, los deseos de mujeres, las avaricias y la soberbia y la arrogancia y todo cuanto a estas cosas se parece y asemeja. Cuando estas cosas entren en tu corazón, reconoce que el ángel de la maldad está contigo. 6. Conociendo sus obras, apártate de él y no le creas nada, porque sus obras son malas e inconvenientes para los siervos de Dios.

Ahí tienes las operaciones de los dos ángeles; entiéndelas y cree al ángel de la justicia. 7. Por el contrario, apártate del ángel de la maldad, porque su doctrina es mala para todo. En efecto, aunque un hombre sea fidelísimo, si el pensamiento del ángel entra en su corazón, forzoso es que aquel hombre o mujer cometa algún pecado. 8. Y al revés, por muy malvado que sea un hombre o una mujer, si entran en su corazón las obras del ángel de la justicia, por necesidad obrarán algún bien. 9. Ves, pues, que es bueno seguir el ángel de la justicia y renunciar ⁴ al ángel de la maldad.

10. Este mandamiento expresa lo relativo a la fe, para que creas las obras del ángel de la justicia y, practicándolas, vivas para Dios. Cree además que las obras del ángel de la maldad son duras; pero no practicándolas, vivirás para Dios.

1. El tema de los 'dos caminos-vías' era bien conocido en el judaísmo, helenismo y cristianismo (cfr Mt 7, 13; Did 1-6; Bern 18-20; Manual de Disciplina) y reviste diversas formas y variantes.
2. Cfr Jer 24, 7; Jl 2, 12.
3. Análogo al tema de los 'dos caminos'; cfr Bern 18, 1s.
4. Cfr Tertuliano, De spect 4; De cor mil 3. Renunciar a Satán, sus obras y sus 'ángeles'.

Séptimo

1. Teme –dijo– al Señor y guarda sus mandamientos ¹. Guardando los mandamientos de Dios, serás poderoso en toda acción y tu acción será incomparable. Temiendo al Señor, todo lo harás bien. Este es el temor que hay de fomentar, y te salvarás. 2. Al diablo, sin embargo, no le temas, porque temiendo al Señor, serás dueño del diablo, ya que no tiene ningún poder. Porque donde no hay poder, tampoco hay motivo para temer. Mas el que tiene poder glorioso, también nos infunde temor; porque el que tiene poder, infunde temor; mas el que no, por todo el mundo es despreciado. 3. Teme, en cambio, las obras del diablo, porque son malas. Temiendo al Señor, temerás las obras del diablo y no las practicarás, sino que te apartarás de ellas.

4. Hay dos clases de temor. Si quieres obrar el mal, teme al Señor, y no lo obrarás. Mas si quieres obrar el bien, teme al Señor y lo obrarás. En conclusión, el temor del Señor es fuerte, grande y glorioso. Teme, pues, al Señor y vivirás para El; e igualmente, todos aquellos que guardan sus mandamientos y le temen, vivirán para Dios.

5. –¿Por qué, señor –contesté– dices que los que guardan sus mandamientos vivirán para Dios?

–Porque –me contestó– toda criatura teme al Señor, pero no todos guardan sus mandamientos. Mas los que le temen y guardan sus mandamientos, esos son los que viven para Dios; pero los que no los guardan, ni siquiera hay vida en ellos.

1. Cfr Ecles 12, 13.

Octavo

1. Ya te he dicho –prosiguió– que las criaturas de Dios son de dos maneras; y la continencia es de dos formas; porque en algunas cosas hay que contenerse, pero en otras, no.

2. –Dame a conocer, señor –dije– en qué hay que contenerse y en qué no.

–Escucha –contestó: Abstente de lo malo y no lo hagas. En cambio, no te abstengas de lo bueno, sino hazlo. Porque si te abstuvieses de lo bueno y no lo hicieras, cometerás un gran pecado; mas si te abstienes del mal, obrarás muy justamente. Abstente de toda maldad, obrando el bien.

3. –¿Cuáles son, señor –dije– las maldades de las que debo abstenerme?

–Escucha –respondió. Te abstendrás del adulterio, de la fornicación, de la embriaguez de iniquidad, de la molición perversa, del exceso de comida, del lujo de la riqueza, de la vanagloria, de la altanería, de la soberbia, de la mentira, de la murmuración, de la hipocresía, del rencor y de toda blasfemia. 4. Estas acciones son las peores en la vida de los hombres. De ellas, pues, ha de abstenerse el siervo de Dios, porque quien de ellas no se abstiene, no puede vivir para Dios. Escucha, además, las que a éstas siguen.

5. Pero, señor –dije– ¿es que aún hay más obras malas?

–Muchas hay –me contestó–, de las que tiene que abstenerse el siervo de Dios: el robo, la mentira, el fraude, el falso testimonio, la codicia, el mal deseo, el engaño, la jactancia, la arrogancia y cuanto a estas se asemejan.

6. ¿No te parece que todas estas cosas son malas, muy malas para los siervos de Dios? De todas ellas ha de abstenerse el que sirve a Dios. Abstente, pues, de todas, para que vivas para Dios y seas inscrito entre los que se abstienen de ellas. Esas son las cosas de las que has de abstenerte.

7. –Escucha ahora –dijo– las que no has de abstenerte, sino hacerlas. Del bien no te abstengas, sino hazlo.

8. –Manifiéstame también, Señor –dije– la virtud del bien, para que camine en él y lo haga y, haciéndolo, pueda salvarme.

–Escucha –dijo– también las obras del bien, que has de practicar y no has de abstenerte. 9. Ante todo, la fe, el temor del Señor, la

caridad, la concordia, las palabras de justicia, la verdad, la paciencia. En la vida de los hombres, nada hay mejor que éstas. El que las practicare y no se abstuviere de ellas, es bienaventurado en su vida.

10. Escucha también lo que a éstas acompaña: servir a las viudas, visitar a los huérfanos y necesitados, redimir de sus necesidades a los siervos de Dios, ser hospitalario (pues en la hospitalidad se halla alguna vez la beneficencia), no oponerse a nadie, ser pacífico, hacerse el más pobre de todos los hombres, venerar a los ancianos, ejercitar la justicia, conservar la hermandad, soportar la insolencia, ser magnánimo, no guardar rencor, consolar las almas enfermas, no apartar de la fe a los que han tropezado, sino convertirlos y animarlos, corregir a los que pecan, no atribular a los menesterosos y necesitados; y todo lo que a estas cosas se asemeja.

11. ¿Te parece –dijo– que todas estas cosas son buenas?

–¿Y qué hay, señor –contesté– mejor que ellas?

–Camina –dijo– en ellas; no te abstengas de practicarlas, y vivirás para Dios. 12. Guarda, por tanto, este mandamiento. Si hicieres el bien y no te abstuvieres de él, vivirás para Dios. Y cuantos así obraren, vivirán para Dios. Y a la vez, si no hicieres el mal y te abstuvieres de él, vivirás para Dios; y todos los que guardaren estos mandamientos y anduvieren en ellos, vivirán también para Dios.

Noveno

1. Me dice:

—Arranca de ti toda doblez ¹ y no dudes en pedir al Señor, diciendo en tu interior: ¿Cómo puedo pedir y recibir nada del Señor, habiendo cometido contra El tan grandes pecados? 2. No discurras así, sino conviértete de todo corazón al Señor ²; y pídele sin vacilación y conocerás su gran misericordia, porque no te abandona, sino que cumplirá la petición de tu alma. 3. Porque no es el Señor como los hombres, que guardan rencor; El no es rencoroso, y se compadece de la hechura de sus manos. 4. Pero tú, purifica tu corazón de todas las vanidades de este siglo y de todas las palabras que anteriormente te fueron dichas, y pide al Señor; lo recibirás todo, y no te verás defraudado en ninguna de tus peticiones, si se lo pides al Señor sin vacilación. 5. Mas si dudares en tu corazón, nada de cuanto pidas recibirás. Porque los que dudan de Dios, son dobles de alma, y nada absolutamente obtienen de cuanto piden. 6. Mas los sencillos en la fe, piden con confianza en el Señor y reciben, porque piden sin vacilación, sin dar lugar a duda alguna. Porque todo hombre, doble de alma, si no se arrepiente, difícilmente se salvará.

7. Purifica, pues, tu corazón de toda doblez, revístete de la fe, porque es poderosa; y cree en Dios, que recibirás cuanto pidieres. Y si acontece alguna vez que, después de pedir, tardas en recibir del Señor lo que pides, no dudas porque tarde en despacharte la petición de tu alma; pues sin género de duda, por alguna tentación o pecado, que tu desconoces, tardas en recibir tu petición. 8. Tú, pues, no ceses de suplicar la petición de tu alma, y la alcanzarás. Si desfalleces y dudas al rogar, a ti mismo tienes que acusarte y no al que da. 9. Mira esta doblez, porque es mala e insensata y a muchos desarraiga de la fe y, por cierto, a los muy fieles y firmes. Y tal doblez es hija del diablo y mucho daño hace a los siervos de Dios. 10. Desprecia, pues, la doblez y triunfarás en todo, revistiéndote de la fe fuerte y poderosa. Porque la fe todo lo promete y todo lo cumple; pero la doblez, que no tiene fe en sí misma, fracasa en toda obra que emprende. 1. Ya ves —dijo— cómo la fe viene de arriba ³, de parte del Señor, y tiene gran poder; mas la doblez es un espíritu terreno que viene del diablo, y no tiene poder alguno. 12. Por tanto, sirve a la fe que tiene poder; apártate de la doblez que no tiene poder, y vivirás para Dios; y cuantos así piensen, vivirán también para Dios.

1. 'Dixyjía' se opone a 'pistis'.
2. Cfr Jer 4, 7; Jl 2, 12.
3. Cfr Sant 3, 15ss; 1, 17.

Décimo

1.1. –Arranca de ti –dijo– la tristeza ¹, porque es hermana de la doblez y de la ira.

2. ¿Cómo –dije–, señor, la tristeza es hermana de éstas? Porque me parece que una cosa es la ira, otra la doblez y otra la tristeza.

–Eres un insensato, hombre. ¿No comprendes que la tristeza es el peor de todos los espíritus y la más terrible para los siervos de Dios; corrompe al hombre más que ningún otro espíritu, destruye el Espíritu santo y, de nuevo, salva? ²

3. –Yo, señor –dije– soy un necio y no entiendo estas parábolas. No entiendo cómo puede destruir y, de nuevo, salvar.

4. –Escucha –dijo: Hay quienes jamás escudriñan la verdad ni inquietan sobre la divinidad, sino que se contentan con creer y se hallan envueltos en sus negocios, en su riqueza, en amistades paganas y en muchos otros negocios de este mundo. Cuantos están apegados a estas cosas, no entienden las parábolas relativas a la divinidad, porque por esas acciones los obcecán y corrompen, y quedan hechos un erial. 5. Como las hermosas viñas se convierten en un erial por los cardos y hierbas diversas, así los hombres que creen, pero se entregan a las acciones mencionadas, se extravían en su inteligencia y nada entienden de la divinidad; porque cuando oyen hablar de ella, su mente se apega a sus negocios y nada absolutamente entienden.

6. Mas los que tienen el temor de Dios, escudriñan acerca de la divinidad y de la verdad, dirigen su corazón al Señor, entienden y comprenden más rápidamente lo que se dice, porque tienen en su interior el temor de Dios ³. Porque donde habita el Señor, allí hay también mucha inteligencia. Adhiérete, pues, al Señor, y entenderás y comprenderás todo.

2.1. Escucha, insensato –dijo– cómo la tristeza destruye al Espíritu santo y, de nuevo, lo salva ⁴. 2. Cuando un hombre emprende una acción y fracasa en ella por su misma duda, la tristeza entra en ese hombre, constriñe al Espíritu santo y lo destruye. 3. A su vez, cuando la ira por alguna cosa se pega al hombre y le amarga demasiado, la tristeza entra también en el corazón del hombre que se irritó, se constriñe por la acción que hizo y se arrepiente de haber obrado mal. 4. Pero esta tristeza parece llevar consigo la salvación, porque, ha-

biendo obrado el mal, se arrepintió. Ambas acciones, pues, constriñen al Espíritu: la duda, porque no alcanzó su obra; la ira, porque obró el mal. Ambas, por tanto, la duda y la ira apenan al Espíritu santo.

5. Arranca, por tanto, de ti la tristeza, y no atribules al Espíritu santo ⁵ que mora en ti; no sea que suplique a Dios contra ti y se aleje de ti, porque el Espíritu de Dios, que fue infundido en esta carne, no soporta la tristeza ni la angustia.

3.1. Revístete, pues, de aquella alegría ⁶ que halla siempre gracia ante Dios y le es siempre aceptada, y ten en ella tus delicias; porque todo hombre alegre, piensa, obra el bien y desprecia la tristeza. 2. Mas el hombre triste obra siempre mal. En primer lugar, obra mal porque constriñe al Espíritu santo, que le fue dado alegre al hombre. En segundo, comete una iniquidad, porque no suplica ni confiesa a Dios, pues la súplica del hombre triste no tiene fuerza para subir al altar de Dios.

3. —¿Por qué —dije— no sube al altar de Dios la súplica del que está triste?

—Porque —contestó— la tristeza está asentada en su corazón. Consiguientemente, la tristeza mezclada con la súplica no deja subir a ésta, pura, hasta el altar [de Dios]. Porque como el vinagre y el vino mezclados no tienen el mismo gusto, así la tristeza mezclada con el Espíritu santo no tiene la misma súplica.

4. Purifícate, por tanto, de esta tristeza mala, y vivirás para Dios. E igualmente vivirán para Dios todos los que arrojen de sí la tristeza y se revistan de toda alegría.

1. La 'alegría' es tema frecuente en el cristianismo: cfr Filp 4, 4; Bern 1, 6; Passio Peip 12; Ep Apost 55-56; Metodio, Symp 8, 1.
2. Cfr 2 Cor. 7, 10.
3. Ps 111, 10.
4. Cfr 2 Cor 7, 10.
5. Cfr Ef 4, 30.
6. Cfr Eclo 26, 4.

Undécimo

1. Me mostró unos hombres sentados en un banco y otro sentado en una cátedra, y me dijo:

—¿Ves a los que están sentados en el banco?

—Los veo, señor -respondí.

—Esos —me dijo— son creyentes; y el que está sentado en la cátedra es un falso profeta, que destruye la inteligencia de los siervos de Dios; pero destruye la de los vacilantes, no la de los creyentes.

2. Estos vacilantes, en efecto, van a él como a un adivino y le preguntan qué será de ellos; y el falso profeta, que no tiene en sí el espíritu divino, les responde conforme a sus preguntas y según los deseos de su maldad e infla las almas de estos según lo que quieren. 3. Porque, estando él vacío, vacuamente responde a los vacuos ¹, ya que a todo lo que se le pregunta, responde. Mas dice algunas palabras verdaderas, porque el diablo le llena de su propio espíritu, por si puede hacer pedazos a algún justo.

4. Mas cuantos están firmes en la fe del Señor, revestidos de la verdad, no se adhieren a tales espíritus, sino que se apartan de ellos; pero lo que dudan y continuamente cambian de opinión, se dan a la adivinación como los gentiles y, ejerciendo la idolatría, cargan sobre sí mismos un pecado mayor. Porque el que pregunta a un falso profeta sobre una acción, es un idólatra, está vacío de la verdad y es un insensato. 5. Porque ningún espíritu dado por Dios es interrogado, sino que habla todo por propio impulso, al tener el poder de la divinidad, pues es de arriba ², del poder del espíritu divino. 5. El espíritu que es interrogado y que habla según los deseos de los hombres, es terreno y ligero, no tiene ningún poder; y si es interrogado, no habla nada.

7. —Entonces, señor —dije—, ¿cómo conocerá el hombre cuál de ellos es profeta verdadero y cuál falso profeta?

—Escucha —contestó— acerca de uno y otro profeta; y según lo que voy a decir, así examinarás al profeta verdadero y al falso profeta. Examina por su vida al hombre que tiene espíritu divino. 8. Ante todo, el que tiene el espíritu divino, que procede de arriba, es manso, tranquilo, humilde y alejado de toda maldad y de todo vano deseo de este siglo; se hace a sí mismo el más pobre de todos los hombres, a nadie responde al ser preguntado, ni habla a solas; ni cuando quiere el

hombre que hable, entonces habla el Espíritu santo, sino cuando quiere Dios que hable, entonces habla. 9. Mas cuando un hombre que tiene en sí el espíritu divino se presenta en la reunión de hombres justos, que tienen la fe del espíritu divino, y en aquella reunión de hombres justos se hace una súplica a Dios, entonces el ángel del espíritu profético que está junto a él, llena a aquel hombre y, lleno el hombre del Espíritu santo, habla a la muchedumbre según quiere el Señor. 10. Así pues, se pondrá de manifiesto el espíritu de la divinidad: ¡Cuán grande es el poder del Señor sobre el espíritu de la divinidad!

11. Escucha ahora —dijo— sobre el espíritu terreno y vacío que no tiene poder, sino que es necio. 12. En primer lugar, el hombre que aparenta tener espíritu, se exalta a sí mismo y pretende ocupar los primeros puestos y, al instante, se torna impúdico, desvergonzado y charlatán; se pasa la vida en todo género de deleites y en otros engaños, y recibe paga por su profecía. Si no la recibe, no profetiza. ¿Puede el espíritu divino recibir paga y profetizar? No cabe que un profeta de Dios haga esto, sino que el espíritu de tales profetas es terreno. 13. En segundo lugar, no se acerca en absoluto a la reunión de los hombres justos, sino que huye de ellos. Se junta con los vacilantes y vacuos, les profetiza a la sombra del tejado y los extravía, hablando vacuamente según los deseos de ellos. A gente vacua, en efecto, responde. Un vaso vacío chocando con otros vacíos no se rompe, sino que resuenan unos con otros. 14. Mas cuando se presenta en la reunión de hombres justos que tienen el espíritu de la divinidad, y hay que hacer una exhortación entre ellos, el hombre aquel queda vacío y el espíritu terreno huye de miedo de su lado y se queda mudo el hombre y se hace añicos completamente, sin decir una palabra. 15. Porque si almacenas en la bodega vino o aceite y pones allí un cántaro vacío y quieres luego desocupar la bodega, hallarás vacío el cántaro que pusiste vacío; así los profetas vacíos, cuanto se presentan entre los espíritus de los justos, son hallados de tal cual vinieron. 16. Ahí tienes la vida de los dos tipos de profetas. Examina al hombre que se dice portador del espíritu por sus obras y por su vida. 17. Por tu parte, cree al espíritu que viene de Dios y tiene poder; mas al espíritu terreno y vacío, no le creas nada, pues no hay en él poder alguno, porque procede del diablo.

18. Escucha ahora la parábola que te doy a decir. Toma una piedra y arrójala al cielo; mira si puedes alcanzarlo. O bien, toma un

sifón de agua y dispárala hacia el cielo; mira si puede agujerearlo.

19. –¿Cómo, señor –le dije– pueden ser esas cosas? Las dos cosas que has dicho son imposibles.

–Del mismo modo –respondió– que esas cosas son imposibles, también los espíritus terrenos son impotentes y débiles. 20. Toma ahora la fuerza que viene de lo alto. El granizo es un grano menudísimo, mas cuando cae sobre la cabeza de un hombre, ¡qué dolor causa! O bien, toma la gota de agua que cae de un cántaro y llega a horadar la piedra. 21. Ves cómo las cosas que caen de lo alto sobre la tierra, por menudas que sean, tienen gran poder. Así de potente es el espíritu divino que viene de lo alto. Por tanto, cree a ese espíritu; apártate del otro.

1. Cfr 4 Esdr 7, 25: vacua vacuis et plena plenis.
2. Cfr Sant 3, 15.

Duodécimo

1.1. Me dice:

–Arranca de ti todo deseo malo; revístete del deseo bueno y santo; porque, revestido de este deseo, aborrecerás el malo y lo frenarás a tu gusto. 2. Indómito es, en efecto, el deseo malo y con dificultad se amansa; terrible es, y con su gran fiera consume a los hombres; señaladamente, cuando un siervo de Dios viene a dar en él y no es prudente, es consumido terriblemente por él. Consume a los que no tienen la vestidura del deseo bueno, sino que están contaminados por este siglo; a éstos entrega a la muerte.

3. –¿Cuáles son, señor –le dije– las obras del deseo malo, que entregan a los hombres a la muerte? Revélamelas, y me abstendré de ellas.

–Escucha con qué clase de obras el deseo malo da muerte a los siervos de Dios.

2.1. De todas descuello el deseo de mujer o marido ajeno; después, el lujo de la riqueza, la abundancia de comidas y bebidas vanas y de otros placeres vanos y necios, porque todo placer es necio y vano para los siervos de Dios. 2. Estos son, pues, los deseos malos que matan a los siervos de Dios; porque este deseo malo es hijo del diablo. Es precio que os abstengáis de esos malos deseos, a fin de que, absteniéndooos, viváis para Dios. 3. Mas aquellos que se dejan dominar por ellos y no los resisten, morirán completamente, porque mortíferos son estos deseos. 4. Tú, por tanto, revístete del deseo de la justicia y, armándote del temor de Dios, resiste a los malos deseos ¹, porque el temor de Dios habita en el deseo bueno. Si el deseo malo te ve armado del temor de Dios y dispuesto a resistirle, huirá lejos de ti ² y, atemorizado de tus armas, no se presentará más ante tu vista. 5. Tú, pues, coronado contra el mal deseo, camina hacia el deseo de la justicia y entrégale la victoria que recibiste; sé esclavo suyo en todo lo que quiere. Si eres esclavo del buen deseo y te sometes a él, podrás dominar el deseo malo y someterlo a tu gusto.

3.1. –Quisiera saber, señor –dije– cómo tengo que servir al deseo bueno.

–Escucha –contestó–: Practicarás ³ la justicia y la virtud, la ver-

dad y el temor de Dios, la fe y la mansedumbre, y cuanto bueno a éstas se asemeja. Practicándolas, serás siervo agradable a Dios y vivirás para El; y todo el que sirviere al deseo bueno, vivirá para Dios.

Terminó estos doce mandamientos y me dijo:

—Tienes estos mandamientos; camina en ellos y exhorta que los escuchen, para que su penitencia sea pura todo el resto de los días de su vida. 3. Cumple cuidadosamente el ministerio que te encargo, y harás una obra grande; porque hallarás gracia en los que se arrepienten y den fe a tus palabras. Yo estaré contigo y los forzaré a que te crean.

4. Le digo:

—Señor, estos mandamientos son grandes, buenos y gloriosos y pueden alegrar el corazón del hombre ⁴ capaz de guardarlos; pero no sé si estos mandamientos pueden ser guardados por un hombre, puesto que son muy duros.

5. Respondiéndome, dice:

—Si te persuades a ti mismo que pueden ser guardados, los guardarás fácilmente y no se te harán duros. Mas si se te viene a la cabeza que no pueden ser guardados por el hombre, no los guardarás. 6. Te lo digo: Si no guardas estos mandamientos, sino que los descuidas, no tendrás salvación ni tú, ni tus hijos, ni tu casa, puesto que ya has pensado que no pueden ser guardados estos mandamientos por el hombre.

4.1. Y me dijo estas palabras muy airado ⁵, de suerte que me quede confuso y transido de miedo ante él, porque su figura se trasmutó, hasta el punto que no hay hombre que pudiera soportar su ira.

2. Viéndome todo turbado y confuso, comenzó a hablarme mansamente, y dijo:

—Necio, insensato y vacilante, ¿no entiendes cuán grande y admirable es la gloria de Dios ⁶, que creó el mundo por amor al hombre, sometió a él toda la creación ⁷ y le dio potestad para dominar todo lo que hay bajo el cielo? 3. Si, pues —dijo—, el hombre es dueño de todas las criaturas de Dios y sobre todas ejerce señorío, ¿no podrá también ser dueño de estos mandamientos? Puede —dijo— dominar también todos estos mandamientos el hombre que tiene al Señor en su corazón. 4. Mas los que tienen al Señor en sus labios, pero su corazón endurecido y lejos del Señor, para esos estos mandamientos son duros e inaccesibles. 5. Poned los que sois ligeros y vacíos en la fe

al Señor en vuestros corazones y sabréis que nada hay más fácil, ni más dulce, ni más suave que estos mandamientos. 6. Convertíos los que andáis en los mandamientos del diablo, entre disoluciones difíciles, amargas y salvajes, y no temáis al diablo, porque no hay en él poder contra nosotros. 7. Porque yo, el mensajero de la penitencia, que tengo potestad sobre él ⁸, estaré con vosotros. El diablo infunde sólo miedo, pero su miedo no tiene fuerza; no le temáis, y huirá de vosotros ⁹.

5.1. Le digo:

–Señor, escúchame:

–Habla lo que quieras –contestó.

–El hombre, señor –dijo– está pronto a guardar los mandamientos de Dios. No hay nadie que no pida al Señor que le fortalezca en sus mandamientos y le sujete a ellos, pero el diablo es duro y los domina.

2. –No puede –contestó– el diablo dominar a los siervos de Dios, que de todo corazón confían en El. El diablo puede combatirlos, pero no derrotarlos. Si le resistís, huirá de vosotros vencido y lleno de vergüenza. Mas aquellos –dijo– que están vacíos, temen al diablo como si éste tuviera algún poder.

3. Cuando un hombre llena de buen vino un número de tinajas y le quedan algunas a medio llenar, si después revisa las tinajas, no examina las llenas, pues sabe que éstas están llenas; en cambio, examina las medio vacías, porque teme que se agríen, pues las tinajas a medio llenar se agrían rápidamente y se echa a perder el vino. 4. Así también el diablo va tras los siervos de Dios para tentarlos ¹⁰; mas los que están llenos de fe le resisten valerosamente; y se retira de ellos no teniendo por donde entrar. Entonces va a los medio vacíos y, teniendo lugar, se mete con ellos, hace con ellos lo que quiere y se convierten en esclavos suyos.

6.1. A vosotros os digo yo, el mensajero de la penitencia: No temáis al diablo, porque yo he sido enviado –dijo– para estar con vosotros, los que os arrepentís de todo corazón y hacéis penitencia, para fortaleceros en la fe. 2. Creed, pues, a Dios los que por vuestros pecados estáis desesperados de vuestra vida, añadís pecados a los pecados y agraváis hasta el fondo vuestra vida; porque si os convertís al Señor de todo corazón ¹¹, practicáis la justicia ¹² el resto de los días de vuestra vida y le servís rectamente conforme a su voluntad, El sanará vuestros pecados pasados, y podréis dominar las obras del diablo.

No temáis en absoluto la amenaza del diablo, porque tiene el vigor que los tendones de un cadáver. 3. Escuchadme a mí y temed al que todo lo puede: salvar y perder ¹³. Guardad estos mandamientos, y viviréis para Dios.

4. Le digo yo:

—Señor, ahora me siento fortalecido en todas las justificaciones del Señor, porque estás conmigo. Y sé que harás pedazos toda la fuerza del diablo, y nosotros le dominaremos y venceremos todas sus obras. Y espero, señor, que, fortaleciéndome el Señor, seré capaz de guardar todos estos mandamientos que has ordenado.

5. —Los guardarás —contestó—, si tu corazón se hace puro ante el Señor. También los guardarán todos los que purifiquen sus corazones de los vanos deseos de este mundo, y vivirán para Dios.

1. Cfr Ef 6, 13.
2. Cfr Sant 4, 7.
3. Cfr Ps 14, 2; Act 10, 35.
4. Cfr Ps 18, 9; 103, 15.
5. Cfr Mc 3, 5; 8, 33; 11, 15; Jn 2, 17.
6. Cfr Ps 20, 6; 56, 12; 107, 6; 112, 4.
7. Ps 8, 7; Heb 2.
8. Cfr Jn 16, 33.
9. Cfr Sant 4, 7.
10. Cfr 1 Pe 5, 8.
11. Jer 24, 7; Jl 2, 12.
12. Ps 14, 2; Act 10, 35; Heb 11, 3.
13. Sant 4, 12; Mt 10, 28; Lc 6, 9.